

“XVII. ¿Tle in yez tonahuatlahtol itonal? ¿Cuál será el destino de nuestra lengua y literatura nahuas?”

p. 273-284

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo VI. Lingüística

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2010

340 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-53-1 (tomo VI, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-52-4 (tomo VI, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XVII. ¿TLE IN YEZ TONAHUATLAHTOL ITONAL? ¿CUÁL SERÁ EL DESTINO DE NUESTRA LENGUA Y LITERATURA NAHUAS?*

Pahpaquiliztica, ahualiztica, ticpehuazquehaxcan tonahuatlacahnechicoliz nican in Tzapopan altepec, itloc, inahuac Tollan Teatoyac. Cenca titoyollomaxiltia ipampa totequihuan huel cenchiualozqueh nican in nemachtiloyan, Xalixco Calmecac. Notlahtolpehpechtiliz axcan yehuatli: ¿Tle in tic-huelnemiliah itechpa in tonahuatlahtol itonal?

Achto cenca monequi ticxexelozqueh in nahuatlahtolli quinezcaoyotia. Ca ye nelli nahuatlahtolli quihtoznequi ome tlamantli. Inic ce tlamantli nahuatlahtolli quinezcaoyotia in macehuallahtolli ahnozo tecpillahtolli, yuhquin in ye huehcauh miequintin tlach ihuan cihuan otlahtoqueh, ihuan axcan tlahtoah ipampa totlahtol ahmo omic, cemihcac ne-miz. Inic ome tlamantli, nahuatlahtolli quinezcaoyotia tlatlaliliztli, tlah-tolchihchihualiztli, yuhquin cuicatl, teocucatl, xochicucatl, yaocucatl, icnocucatl ihuan cuecucuechchucatl; ahzo in zazanilli; no yuhqui in ihtoloca, tlah-tol-tlatlaliliztli itechpa in ye huehcauh omochiuh; no ihuan in huehuetlahtolli, nelli mahuiztic, in otechmochahuilih-tehuaqueh in huehuentzitzin, in huey tlamatcatzitzintin.

Achto ce tentli, ome tentli namechmomaquiliz itechpa in, in yuh nicneltoca, tle in itonal mahuizticnahuatlahtol-tlatlaliliztli in oquimmo-piquiliqueh in ye huehcauh in tlamalinimeh.

Zatepan nitlahtoz itechpa in itonal totlahtol, in axcan miequintin tlach ihuan cihuah quitenehuah nohuian in Mexihca tlalpan.

Za tlalzaccan, titoyolnonotzazqueh in itonal tiquelehuiah in itech-cacopa yancuic tlah-tol-tlatlaliliztli in axcan miequintin tlahcuilohqueh quimopiquiliah, in tehuantín tictenehuah, tictocayotiah “Yancuic Tlah-lolli”.

Axcan ipan cehcantlamantli ce tentli, ome tentli nimechmone-mactiliz.

* *La antigua y la nueva palabra, Coloquio de nahuatlato en Zapopan, Jalisco*, coordinador: José Ma. Muriá, México, El Colegio de Jalisco, 1993, p. 12-29.



A continuación ofrezco una versión al castellano de lo que he expresado en náhuatl, y me ocupo enseguida de los temas que he planteado. El tópico que he escogido es: ¿cuál será el destino de nuestra lengua y literatura nahuas?

En primer lugar importa que distingamos los sentidos que tiene el vocablo *nahuatlahtolli*. Por una parte, con él denotamos la lengua, bien sea en su forma reverencial o de uso corriente, según la hablaban en la antigüedad numerosas mujeres y hombres y cómo, con variantes, la siguen hablando otros muchos en la actualidad. El náhuatl no ha muerto, confiamos en que siempre habrá de vivir.

En un sentido diferente, con la voz *nahuatlahtolli* hacemos también referencia a las composiciones literarias, como los cantos, himnos sacros, cantos floridos, de guerra, de reflexión y de igual manera los de “cosquilleo”. Asimismo abarcamos en el concepto de *nahuatlahtolli* la narrativa, los textos que versan acerca de lo que ocurrió en el pasado y los testimonios de la antigua palabra, expresiones de gran profundidad que nos dejaron los ancianos y los sabios.

Primeramente hablaré sobre lo que pienso ha sido y es el destino de las producciones literarias debidas a los sabios y maestros de la palabra de tiempos antiguos.

En segundo lugar trataré del destino de la lengua náhuatl, la que ahora mantienen viva muchos hombres y mujeres que habitan en tantas partes en tierras mexicanas.

Finalmente, reflexionaremos sobre el destino que deseamos tengan las nuevas composiciones, las que ahora nos ofrecen los escritores en náhuatl, esas expresiones que llamamos la “Nueva Palabra”.

El destino de las creaciones de la antigua palabra en náhuatl

La caída de México-Tenochtitlan y la lenta e inexorable consumación de la conquista de México trajeron consigo todo género de consecuencias. Con excepción de la muerte de incontables indígenas, que perecieron, primero en los enfrentamientos bélicos y más tarde por causa de las epidemias y los trabajos a que fueron sometidos, habrá que afirmar que probablemente la pérdida más grande que sufrieron los vencidos fue la destrucción de sus antiguos monumentos, desde sus templos y palacios hasta sus libros con pinturas y signos glíficos. Tal destrucción significó en alto grado la pérdida del antiguo saber acerca de las realidades divinas, humanas y naturales. Las quemas de esos libros han de entenderse como otros tantos intentos de erradicar las antiguas creencias, visión del mundo, sabiduría indígena y memoria del pasado.



Más, contra lo que podría imaginarse, no todo se perdió, sobrevivieron los monumentos que los arqueólogos hasta hoy continúan descubriendo. Escaparon a las quemaduras unos pocos de esos libros, que nos permiten conocer algo de lo que era su contenido, sus formas de presentación, su valor inapreciable para acercarnos a la cultura nativa. Pero además de esto hubo algunos sabios indígenas que sobrevivieron a la tragedia. Varios de ellos emprendieron el rescate de lo que les fue dado salvar. Unas veces copiaron o hicieron copiar el contenido de los viejos libros. Otras, después de haber aprendido el arte del alfabeto, transvasaron a la escritura lineal la “lecturas” de sus libros, así como los textos que, desde su juventud, memorizaron en sus escuelas. De esta forma con apoyo de su oralidad y en los libros picto-glíficos a su alcance, elaboraron ellos nuevos manuscritos, redactados en su lengua, en los que a veces se mezclan los signos indígenas, las pinturas y las anotaciones alfabéticas. No pocos son los códices y textos que, por esta vía, gracias al empeño de los sabios indígenas, han llegado hasta nosotros.

Hubo también algunos frailes, sobre todo franciscanos y en menor grado dominicos que, formados en el ambiente humanista que se respiraba en universidades como las de Salamanca, Valladolid, Alcalá y la Sorbona, en tiempos bastante anteriores al Concilio de Trento, trajeron consigo a México la inspiración y los anhelos del Renacimiento. Se acercaron estos frailes humanistas a los sabios indígenas. Tuvieron asimismo valiosos colaboradores en estudiantes nativos a los que comunicaron también algo de su saber renacentista. Trabajando así, como ahora diríamos en equipo, sabios de la tierra, estudiantes y frailes, llevaron a cabo formas de rescate y transvase de los testimonios de la antigua cultura.

Sólo mencionaré a los franciscanos Andrés de Olmos y Bernardino de Sahagún, así como a los dominicos Diego Durán y Bartolomé de las Casas, que sobresalen por sus afanes en el empeño de comprensión del mundo indígena. Gracias a ellos no pocos antiguos relatos, cantos y poemas, así como discursos en lengua náhuatl pasaron, como con frase lapidaria lo expresó Ángel María Garibay a “la luminosa prisión del alfabeto”. Aunque es verdad que en ese transvase pudieron perderse elementos semánticos inherentes al tiempo y lugar en que esos textos se concibieron, se entonaron o pronunciaron y en suma se difundieron para hacer al pueblo partícipe de la vieja sabiduría, no por ello deja de ser también cierto que, al lograrse su paso a la escritura alfabética, se salvaron para siempre del olvido.

De esta forma se han conservado, en algunos casos después de no pocas vicisitudes, numerosos manuscritos con textos de la tradición indígena en lengua náhuatl. Debe citarse también que, además de ellos, existen en bibliotecas y otros repositorios europeos unos cuantos códices



prehispánicos y otros elaborados años después, unos se preservan en México y otros, los más, en el extranjero. Nos permiten ellos confrontar su contenido con lo que se expresa en los textos transcritos ya con el alfabeto. Esta confrontación, llevada a cabo con sentido crítico, ha sido apoyo en muchos casos para valorar los testimonios de aquellos textos que realmente son portadores del pensamiento prehispánico. En otras palabras, lo que aportan los códices y a veces también la iconografía y las anotaciones glíficas en algunos monumentos que calificamos hoy de arqueológicos, ha sido piedra de toque para identificar en los textos nahuas, redactados ya con el alfabeto, lo que puede considerarse proviene de la antigua tradición indígena.

Han resistido tal forma de valoración crítica textos como los *huehuetlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, de los que se conservan tres principales colecciones. Son ellos muestra de la antigua sabiduría, fuentes de primera importancia para conocer el pensamiento religioso, los preceptos morales, las normas de la educación en el hogar y en las escuelas, en fin lo que era antorcha que no ahúma a lo largo de la vida de los antiguos mexicanos desde su nacimiento hasta su muerte. Otros textos de gran belleza y profundidad de pensamiento, son los incluidos en las dos colecciones de cantares o poemas que han llegado hasta nosotros. Una de éstas se conserva, con el título de *Cantares Mexicanos*, en la Biblioteca Nacional de México. Otra, de menor extensión y que ostenta el curioso nombre de *Romances de los Señores de la Nueva España* pasó, como otros muchos documentos, a la Biblioteca Latinoamericana de la Universidad de Texas en Austin.

No siendo mi propósito hacer un registro del gran conjunto de manuscritos en los que se conservan las creaciones de la antigua palabra en náhuatl mencionaré sólo, como muestras, cuatro relaciones históricas, en las que los relatos dan lugar asimismo a composiciones y recordaciones míticas y aun a varias formas de narrativa. Estos textos son los *Anales de Tlatelolco*, transcritos alfabéticamente y con algunos signos glíficos verosímilmente hacia 1528, así como los *Anales de Cuauhtitlan*, acompañados de la *Leyenda de los soles*, conjunto de testimonios históricos y asimismo de recordaciones cosmogónicas y acerca de mitos primordiales. Extraordinaria es la producción, *Historia Tolteca-chichimeca* o *Anales de Cuauhtinchan*, en la que el texto en náhuatl se complementa con anotaciones glíficas y no pocas pinturas a la manera antigua y de muy grande interés. Interesa mencionar además la magna recopilación de textos en náhuatl llevada a cabo por fray Bernardino de Sahagún y sus colaboradores indígenas. Este conjunto de testimonios, que se conserva en los códices *Matritenses* y en el *Códice Florentino*, abarca una suma impresionante de expresiones acerca del mundo



de los dioses, las fiestas a lo largo del año, las cuentas calendáricas, los relatos legendarios respecto a Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, los veinte himnos sacros, cuarenta *huehuehlahtoll*i, otras muestras de la antigua palabra, así como varias materias, de modo particular tocantes al conocimiento de la naturaleza, minerales, plantas y animales. Lo que pensaban los antiguos nahuas sobre las enfermedades y los remedios de ellas ocupa también amplio espacio en esta rica documentación en náhuatl.

Estas y otras creaciones, y aún las que se siguieron produciendo después de la caída de México-Tenochtitlan, integran una impresionante aportación que se reconoce ya universalmente como la literatura náhuatl, adoptando la feliz expresión acuñada por Ángel María Garibay K., el primero en propiciar su estudio y difusión con un enfoque genuinamente humanista. Es cierto que antes de él hubo otros que se habían ocupado de algunos de estos textos, pero fue Garibay quien tuvo el gran acierto de valorarlos y presentarlos como testimonios de la sabiduría y la belleza de expresión de la palabra indígena en el contexto abierto de las grandes creaciones de la humanidad.

Esta literatura, traducida en buena parte al castellano y, a partir de las últimas décadas, también al inglés, francés, alemán, italiano y en menor grado a otras lenguas como el japonés, el ruso, el hebreo, el sueco, el polaco y el húngaro, ha atraído ampliamente la atención de los estudiosos y de un gran público. Puede decirse, por todo esto, que el destino de las creaciones de la antigua palabra en náhuatl ha sido y es el de su perduración en México y fuera de él, en los cuatro rumbos del mundo, como valioso testimonio de lo que los pueblos mesoamericanos pensaron y sintieron en su aislamiento de milenios, apartados de las otras culturas del Viejo Mundo. Como lo dijo en breves palabras el mexicanista Jacques Soustelle, estas creaciones, las que pueden contemplarse en las zonas arqueológicas y en los grandes museos, dan fe “de lo que fue esta cultura, una de aquellas pocas de las que la humanidad puede estar orgullosa de ser creadora”.

Sólo cabe añadir, en lo que concierne al que es ya cumplido destino de estas creaciones de la palabra en náhuatl, que desde hace algún tiempo, lo que inverosímilmente no había ocurrido es asimismo una realidad. Me refiero al hecho de que los nahuas actuales se aproximan ya a este rico legado de cultura que, más que a nadie, a ellos pertenece. Injusticia y marginación oprobiosas les habían impedido acercarse a la palabra de sus antepasados. Conservaban en su corazón el recuerdo de tradiciones, creencias y otras formas de expresión relacionadas ciertamente con la antigua palabra, pero ésta, transcrita en los textos, les era inaccesible. Hoy las cosas están cambiando. Hay varios grupos de maestros y estudiosos de estirpe náhuatl que se han acercado a estos textos, los difunden en sus



comunidades y encuentran en ellos nuevas formas de inspiración. Pienso que además en esto la intuición humanista de Ángel María Garibay hizo inicial contribución. Ser recibida y valorada por propios y extraños, disfrutada como obra de sabios y artistas de la palabra, tal es el destino de la literatura náhuatl de la antigua tradición.

¿Y cuál será el destino de la lengua náhuatl?

Sabemos que, a pesar de todos los pesares, el náhuatl se mantiene como lengua viva, hablada por más de millón y medio de personas. En dieciséis estados de México, además del Distrito Federal, hay comunidades que tienen el náhuatl como idioma materno, incluso otras en la República de El Salvador. Y además, en virtud de los incesantes procesos de migración interna y de emigración a los Estados Unidos, puede afirmarse, de acuerdo con las cifras del más reciente de los censos, que hay hablantes de náhuatl en todos los estados de México y asimismo en varios de los Estados Unidos.

Es verdad, debido al secular aislamiento de muchas de las comunidades y grupos que hablan náhuatl, que éstos se expresan en distintas variantes de esta lengua. Algunas de estas variantes, en particular las que se escuchan en varios pueblos de la Delegación de Milpa Alta, en el Distrito Federal, y en algunas regiones de los estados de Puebla y Veracruz, mantienen una gran semejanza con el que se conoce como náhuatl clásico, es decir el que tenía vigencia al tiempo del Encuentro de Dos Mundos, en la región central de México. Y no obstante, las variantes que existen en el léxico, la fonética e incluso en la morfología, registradas por los estudiosos de los que a veces desdeñosamente se designan como “dialectos”, puede afirmarse que entre casi todos los hablantes del náhuatl es posible la comprensión recíproca.

Pero también debe reconocerse que en distintos lugares en los que ha tenido y tiene vigencia el náhuatl, esta lengua se ha visto amenazada con gran frecuencia hasta estar a veces en peligro de extinción. A principios de siglo, en lugares como, por ejemplo, la Delegación de Xochimilco o en no pocos pueblos del estado de Morelos, se escuchaba constantemente el náhuatl. Hoy ha desaparecido allí casi por completo. Hay quienes piensan que el destino del náhuatl es muy sombrío y que la influencia del castellano y aun del inglés acabarán por desplazarlo hasta darle muerte por completo. ¿Será este el destino de la lengua náhuatl en algunas regiones donde hoy aún se habla o tal vez el idioma mismo es el que se halla en peligro porque son pocos los que en verdad quieren



o pueden mantenerlo sin pérdidas y contaminaciones que parecen debilitarlo cada día más?

Para que una lengua sobreviva vigorosa, se requiere que su empleo responda a genuinos requerimientos sociales y culturales. ¿Es éste el caso del náhuatl? Sin duda en las comunidades aisladas en las que pueden calificarse de “zonas de refugio”, los que hablan una variante del náhuatl, por ser monolingües o conocer muy deficientemente el castellano, para comunicarse mantienen viva su lengua vernácula. Ésta cumple allí un obvio requerimiento social. Sin embargo, es también cierto que en esas comunidades, a medida que se incrementa la influencia económica, tecnológica, social y política de la sociedad mayoritaria y dominante, la lengua indígena comienza a verse amenazada.

Diferente es el caso de otros hablantes de náhuatl que viven en poblaciones en las que la mayoría de los habitantes desconoce ya esa lengua y se comunica siempre en castellano. Desde luego que en este caso también hay que hacer una distinción. Entre estos hablantes de náhuatl, que suelen ser ya bilingües, pues conocen también el castellano, hay unos a los que no parece interesarles mantener vivo su idioma vernáculo, que cada vez usan menos, en tanto que hay otros decididos a conservarlo. Respecto a los primeros, es evidente que no creen ellos que el náhuatl satisfaga ya en sus vidas un requerimiento social o de otra índole. Los segundos, en cambio, a veces menos numerosos, no sólo siguen usando en múltiples ocasiones la que consideran es su lengua materna, sino que aducen razones y actúan en favor de su perduración y también de su enseñanza en las escuelas locales y su difusión lo más amplia posible.

Esto ha ocurrido en varios lugares ya citados sobre todo de Puebla y Veracruz, como Hueyapan, Tzinacapan, Huachinango, Ixhuatlan, Zongolica y otros, al igual que en la Delegación de Milpa Alta, Distrito Federal. En muchos casos son maestros normalistas y varios más que ostentan otros títulos profesionales, convencidos de que el náhuatl tiene para ellos un valor inapreciable y cumple importantes requerimientos sociales. El valor que reconocen en su lengua vernácula lo subrayan al referirse a ella con varias consideraciones o argumentos. Uno es que su lengua les es esencial para la preservación y reafirmación de su identidad cultural. Quienes formulan este argumento no son personas que viven aisladas ni al margen de las realidades nacionales sino que participan en ellas. Piensan que mantener su lengua e identidad cultural, fortalece su propio sentido de orientación y facilita su actuación en niveles más amplios, sociales, económicos y políticos a escala nacional.



Otra razón que aducen, a todas luces válida es que, preservando viva y vigorosa su lengua, conservan también mejor sus antiguas tradiciones, las que dan cohesión a sus familias y a las comunidades de que forman parte. La lengua es para ellos elemento clave en la configuración de su imagen del mundo, que abarca la naturaleza, la sociedad y las relaciones que existen entre una y otra, así como respecto del propio individuo. Quienes se esfuerzan y luchan por preservar vivas su lengua vernácula y antiguas tradiciones, saben que poseen un rico legado de cultura que incluye, entre otras muchas cosas, una copiosa literatura en la que perduran los testimonios de la antigua palabra, cantos y relatos que, como ya vimos, son reconocidos como parte integrante del legado universal de la cultura.

Manteniendo viva su lengua pueden disfrutar ellos, mejor que nadie, de esa literatura de la tradición prehispánica, asimismo de la que se produjo en los siglos de la Colonia y también de la Nueva Palabra que ahora reverdece y se difunde. Entre quienes han hecho suya esta actitud, maestros normalistas y personas de otras profesiones, hay ya pocos que se han abocado al estudio y la investigación acerca de esta herencia de cultura que, siendo suya, es de la nación entera y de cuantos, en todos los rumbos del mundo, desean disfrutar también de la belleza y hondura de pensamiento de estas formas de expresión.

Hombres y mujeres de estirpe náhuatl, así como de otros orígenes también de profunda raíz vernácula, después de mucho batallar han logrado se reforme el artículo cuarto constitucional y se reconozca en él que México es un país plurilingüístico y pluricultural. Implica esto una serie de obligaciones por parte del Estado, entre otras apoyar la enseñanza en las lenguas vernáculas y dar plena vigencia al empleo de los idiomas nativos en campos como el jurídico y otros, cuando ello se requiera. Existe ya, por tanto, un marco legal dentro del cual se reconoce no sólo la existencia del náhuatl y de otras más de cincuenta lenguas vernáculas, sino también la obligación de propiciar cuanto se necesite para que perduren y se enseñen a quienes así lo deseen, en los respectivos ámbitos en que ellas tienen vigencia.

A la luz de todo esto podemos afirmar que, aunque continúan cerniéndose amenazas contra la existencia del náhuatl y de otros idiomas nativos, hay realidades que son augurio de su perduración. El que haya centenares de personas hablantes de dichos idiomas preparadas académicamente, que trabajan decididas por mantenerlos vivos, mostrando a la vez la significación cultural y social que de ellos se derivan, nos permite afirmar, aplicando esto al náhuatl, que su futuro está henchido de esperanza. Como decían los antiguos sabios: *cualli ca in itonal*, "es bueno su destino".



El destino del Yancuic Tlahtolli: la Nueva Palabra

Durante muchos años en el presente siglo, y con mayor intensidad consumada ya la Revolución Mexicana de 1910, nació y fue acrecentándose el interés por recoger textos de la tradición indígena en varias comunidades del país. Se transcribieron poemas y cantos, así como diversas formas de narrativa. Los trabajos de rescate fueron concebidos en la mayoría de los casos por etnólogos y folkloristas. Hablaban ellos de “sus informantes”, que les comunicaban esos “materiales”, los que se convertían en tema de estudio. Se buscaba penetrar en la mentalidad indígena y acercarse a sus “tradiciones populares”. En algunos casos tales textos fueron empleados como material de lectura por quienes estudiaban la correspondiente lengua indígena.

De hecho tales transcripciones de textos, publicadas a veces en revistas especializadas o en obras de etnología o folklore, nunca o casi nunca volvían a ser asequibles a quienes los habían aportado oralmente, a los miembros de su comunidad. Se pensaba que los cantos, poemas y narraciones de este género, lejos de ser genuina expresión literaria, tenían valor sobre todo como testimonio folklórico y material de estudio para los que investigaban talo cual cultural nativa.

Con el paso del tiempo, diré que a lo sumo durante las dos últimas décadas, fueron apareciendo en varios lugares formas de expresión distintas de las descritas. Al principio hubo sólo unos cuantos que se atrevieron a tomar un papel y escribir, según pudieron, en su lengua, algo de lo que sentían y pensaban. Esto ocurrió sobre todo entre algunos que ejercían la profesión de maestros y mantenían viva la lengua que hablaba la comunidad en la cual ejercían su enseñanza. No pensaron esos primeros nuevos escritores en idiomas vernáculos que sus producciones habrían de difundirse y menos aún que alcanzarían el privilegio de la letra impresa. Sin embargo, lo impredecible y no imaginado comenzó a ocurrir poco a poco. La palabra indígena había perdurado a través de la oralidad en el corazón de las mujeres y hombres aferrados a lo más intensamente suyo, sus creencias, sus recuerdos y su lengua. Al ir apareciendo esos primeros escritores en náhuatl, maya yucateco, zapoteca, mixteca, otomí y otras lenguas, se iniciaba un nuevo proceso que culminaría con el florecimiento del que hoy llamamos *Yancuic Tlahtolli*, la Nueva Palabra.

Ya he hecho referencia a algunos de los varios lugares —Puebla y Veracruz así como en la Delegación de Milpa Alta— en donde este proceso, en lo que concierne al náhuatl, ha cobrado mayor fuerza. Pero también puedo decir que son conocidas las composiciones de otros modernos *tlahcuiloque* oriundos de comunidades nahuas de Guerrero, Tlaxcala,



Hidalgo y San Luis Potosí. Acercándonos a sus producciones poéticas y de narrativa, no pocas de las cuales se han publicado y continúan publicándose en periódicos, revistas y libros, encontramos que en ellas son perceptibles las que llamaré tres grandes temáticas con una amplia variación de tonos. Por una parte está la expresión que se inspira y se afianza en los testimonios de la antigua palabra, los que desde hace años han tenido amplia difusión a partir de los trabajos de Ángel María Garibay, y también en los relatos de la oralidad que han pervivido en el corazón de la comunidad. Amplia gama de variantes hay en estas formas de expresión. En ocasiones quien se ha fijado, maravillado, en lo antiguo parece que no volará ya del todo libre al dar salida a su propio pensamiento y emoción. Natural es que esto suceda, como ha ocurrido con las literaturas de pueblos por largo tiempo sometidos y marginados. Cabe decir, no obstante, que en estas expresiones se percibe muchas veces el diálogo oculto del que, con su nueva palabra, se acerca a su antiguo legado.

Temática distinta, frecuente, como sería de esperarse en el *Yancuic Tlahtolli*, ha sido la denuncia, queja, reafirmación, declaración vigorosa de quienes luchan por mantener su lengua y su cultura. Los tonos también varían. No me es posible ofrecer ejemplos, cosa que ya he hecho al publicar en *Estudios de Cultura Náhuatl* (volúmenes 18, 19 y 20), una antología de esta Nueva Palabra. Allí se incluyen muestras de este género de expresión en la que hombres y mujeres, representantes del pueblo que se considera originario en esta tierra, declaran lo que piensan y anuncian lo que van a hacer.

Tonos y temas, una vez más, diferentes, son los que encontramos en un creciente conjunto de creaciones poéticas, cuentos y otras formas de narración en las que los modernos escritores, sin cortar jamás con sus raíces y sin olvidar que están dando salida a aquello que pertenece a su identidad, se valen de la pluma, y muchas veces también ya de la computadora, para actuar libremente como creadores a título propio de la palabra florida, portadora de sus vivencias, su pensar y sentir.

Existe, y no decrece, una nueva literatura en náhuatl, algunos de sus autores son conocidos en amplios círculos e incluso en el extranjero. No creo necesario mencionar sus nombres, temiendo que, al no poder dar los de todos, incurra en injusticias. En cambio, mencionaré que respondiendo a los requerimientos de algunos de estos maestros de la palabra en náhuatl y en otras lenguas indígenas, varias importantes instituciones culturales de México, han aceptado organizar, conjuntamente con ellos, programas de apoyo, tanto para la capacitación y enriquecimiento de los escritores más jóvenes como para propiciar la difusión de su palabra.



En este año de 1993, que ha sido escogido por la Organización de las Naciones Unidas como “Año Internacional de los Pueblos Indígenas”, se ha creado el que se conoce como Programa de Lenguas y Literaturas Indígenas. La organización de este programa la han tenido a su cargo la Dirección General de Culturas Populares y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, de México. Entre los objetivos del programa están promover la creación literaria en los idiomas vernáculos y fomentar su divulgación, tanto entre las respectivas comunidades indígenas como en la nación y fuera de ella.

Para encaminar este programa se ha integrado un Comité Asesor del que forman parte el doctor Jacinto Arias (tzotzil), el doctor Ramón Arzapalo (maya), los maestros Víctor de la Cruz y Andrés Henestrosa (zapoteco), Rigoberta Menchú Tum, Premio Nobel de la Paz, 1992 (quiché), Miguel León-Portilla y Luis Reyes García (náhuatl), Ireneo Rojas Hernández (purépecha), así como el maestro Carlos Montemayor.

La Comisión consultiva del Programa de Lenguas y Literaturas Indígenas la componen el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), la Dirección General de Educación Indígena, el Instituto Nacional Indigenista, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad Nacional Autónoma de México.

Del trabajo de proyectos y programas como éste, dependerá que el año Internacional de los Pueblos Indígenas deje huella y frutos de recordación perdurable. México y otros países de América Latina, en los que se deja sentir vigorosa la presencia de los descendientes de los antiguos pueblos originarios, serán más ricos con la aportación de quienes mantienen vivas sus lenguas y tradiciones. A la luz de estas realidades cabe plantearse la pregunta acerca del destino del *Yancuic Tlahtolli*: la Nueva Palabra.

De cara a los hechos que he recordado afirmo que brillan luces de esperanza. El destino del *Yancuic tlahtolli* y el de las expresiones literarias en otras lenguas indígenas, en muchos aspectos está vinculado al destino mismo del náhuatl y de los varios idiomas vernáculos. En tanto que éstos perduren y se mantengan vigorosos la Nueva Palabra seguirá floreciendo. Contemplando la actitud decidida de quienes luchan y consagran su existencia a la preservación de sus identidades y, como parte esencial de ellas, sus lenguas, encuentro argumento para hablar de su destino que ha de ser venturoso. Las nuevas literaturas indígenas están demostrando, más que otra cosa, que las lenguas en que ellas se expresan no están en trance de muerte sino que florecen y dan frutos. Frente a plantas y árboles que están ya secándose, sería grotesco acudir en busca de flores que hermoseen el hogar o del fruto que será sustento. Cuando otra cosa es la que ocurre, cuando hay plantas y árboles con flores y frutos, sabemos que en ellos



prolifera la vida. Esto es lo que contemplamos hoy volviendo la mirada hacia las lenguas indígenas de México: están dando flores y frutos, la Nueva Palabra se escucha y asimismo se lee en las hojas impresas. Los forjadores de la Nueva Palabra nos hacen confiar en la verdad de lo que una vez más afirmamos: *cualli yez itonal*, bueno habrá de ser su destino.